

Báez Rivera, Emilio Ricardo. *Jorge Luis Borges, el místico (re)negado*. Biblioteca Nueva, 200 págs.; Madrid; 2017.

Lucrecia Romera, Ph. D.
Universidad Nacional del Arte
Buenos Aires, Argentina
Correo electrónico: lucrearia.romera@gmail.com

El libro del catedrático y director del Departamento de Estudios Hispánicos de la Universidad de Puerto Rico, Emilio Ricardo Báez Rivera, reúne estudios anteriores a partir de intensas lecturas de la obra de Borges en los que se propuso demostrar la condición de místico natural del escritor argentino, hasta ensayar aquí una tesis singular –si consideramos la frondosa bibliografía borgeana– al insertar con audacia al buscador del *Aleph* en el *corpus* místico hispanoamericano que ya encabeza el poeta Ernesto Cardenal, según la demostración de la estudiosa y académica Luce López Baralt en su libro *El cántico místico de Ernesto Cardenal* (2012).

La propuesta ha sido formalizada atravesando una rigurosa documentación bibliográfica que parte, en lo diacrónico, de la etimología de la mística, lo místico, el misticismo, desde sus raíces griegas y latinas con todas las entradas lexicográficas –es decir *ab initio*– y abriendo la trama de las relaciones religiosas y espirituales de estos conceptos.

El marco teórico comprende un riquísimo diálogo que abarca desde la concepción filosófica y antropocéntrica del *homo religiosus* a partir de las miradas de Mircea Eliade, de Julien Reiss, de Otto Rudolph hasta llegar a las propuestas del documentado William James –un autor que Borges leyó con fervor– sobre las diversas experiencias religiosas no teístas, por mencionar sólo algunos de los nombres de la jugosa bibliografía consultada a lo largo de estas investigaciones.

El agudo lector que es Báez Rivera ubica a Borges en una mística natural y a la vez agnostoteísta sin excluir esa religiosidad *sui generis* que impregna la obra de nuestro escritor, inscripta en una literatura de carácter filosófico que tiene en cuenta el núcleo metafísico de las indagaciones borgeanas. En este sentido, Báez Rivera aporta un juego de

referencias bibliográficas indicando al menos dos claves teóricas que iluminan el misticismo borgeano: “La acepción de una mística natural por parte de la mistología teísta cristiana y la voluntad de la comprensión o *interpretatio* individual del fenómeno vivido por Borges, un sujeto no religioso e instalado adrede en un cuadrante filosófico-cultural distinto al de su crianza”, si entendemos por ‘no religioso’-agregó- la no sujeción de Borges a una doctrina o dogma y el concepto de místico natural como “el que no suele asumir la comprensión de sus experiencias sobrenaturales dentro de las coordenadas de su cultura religiosa”, como lo aclara nuestro estudioso con ejemplos borgeanos –orales y textuales– a lo largo de su propuesta.

El itinerario teórico de la investigación dialoga a su vez con el itinerario propiamente borgeano: el de la obra y el de las influencias personales. Así, desde este singular entramado teórico y biográfico, Báez Rivera nos acerca al primer maestro metafísico que tuvo Borges: Macedonio Fernández, con quien nuestro escritor mantuvo un lúdico epistolario y de quien heredó “su credo metafísico *negativo* en una suerte de epojé y de evidente mimesis de su admirado Schopenhauer”, así como mucho de la metafísica de Macedonio, “empezando por el concepto mismo de «sensación» con que el autor de *Fervor de Buenos Aires* denominó sus dos experiencias de atemporalidad en la reveladora entrevista que concedió a [Willis] Barnstone”. La primera experiencia de atemporalidad a la que hace referencia Borges la volcó en el ensayo «Sentirse en muerte», presente tanto en *El idioma de los argentinos* (1928), *Historia de la eternidad* (1936) y *Otras inquisiciones* (1952); y la segunda, en el poema «Mateo XXV-30», inscripto en *El otro, el mismo* (1964). No nos vamos a detener aquí en el pormenorizado análisis que lleva a cabo nuestro investigador sobre estos dos ejemplos a los que hace dialogar con otros textos borgeanos, entre ellos *El Aleph*, *La escritura del dios*, *El milagro secreto*, *El Zahir*, que atraviesan buena parte de la textualidad con la que el lector recorre la trayectoria metafísica y/o ¿mística? del escritor Borges, pero sí me interesa señalar, como lectora, el antecedente de estas dos experiencias que Báez Rivera ubica en el capítulo titulado «Borges, el filósofo: un poema metafísico de la época sevillana». Se refiere allí al poema «Motivos del espacio y del tiempo» (1916-1919), publicado en la revista sevillana *Gran Guiñol* n° 3 (1920), y que María Kodama («Jorge Luis Borges ante la religión y la experiencia mística», 1999) considera

un antecedente de las experiencias místico-atemporales del escritor. En este poema de juventud se subraya ese ‘algo inexpresable e inefable’ que el sujeto lírico borgeano alcanza a balbucear, para decirlo en términos de Juan de la Cruz: “Anoche / cuando salí con dos amigos a la calleja desigual e indecisa que salpica / jirones de luz azulada o amarillenta / sentí en mí una gran calma y un gran goce / y una verdad que era harto alta / para encerrarla en cárcel de palabras”.

La detenida lectura que Báez Rivera lleva adelante parte de un acercamiento legítimo “a raíz del relato del propio Borges sobre sus dos experiencias místicas” así calificadas por el escritor argentino. La lectura de nuestro investigador tiene en cuenta los antecedentes que sobre este aspecto poco trabajado del corpus borgeano dieron a conocer los estudios de Luce López Baralt (“Borges o la mística del silencio: lo que había del otro lado del *Zahir*”, 1999), de la propia María Kodama, como señalamos, y de las consideraciones de precursores como John M. Cohen (*Jorge Luis Borges*, 1973), Annette Flynn (*The Quest of God in the Work of Borges*, 2009), Howard Giskin (*The Mystical Experience in Borges: A Problem of Perception*, 1990), William Rowlandson (*Reflections on the Mystical Visions of Jorge Luis Borges and Emanuel Swedenborg*, 2015), sin olvidar a la propia Estela Canto, en la que Báez Rivera se detiene, inspiradora de *El Aleph* y lectora sutil de la creación borgeana: “Borges se queda en la primera letra. No necesita avanzar: esa primera letra lo es todo. Basta aludir a Dios para que Dios esté en nosotros. Nombrarlo más nos llevará a la muerte. Nombrarlo apenas es el comienzo del éxtasis” (en *Borges a contraluz*, 1989).

Asimismo Báez Rivera somete los términos agnóstico/agnosticismo, contrapuestos a gnóstico/gnosticismo, a una confrontación que comprende desde la concepción científica de Huxley hasta la del estudioso cantábrico Julián Velarde (*El agnosticismo*, 1996), quien prefiere el término “agnostoteísmo”: “doctrina que partiendo de Kant niega que Dios pueda ser conocido (al tiempo que afirma que Dios debe de ser creído)”. Si la concepción de Huxley excluye, por científica, lo sobrenatural, la de Julián Velarde considera “el *mysterium* revelado sobrenaturalmente y accesible por vías no racionales (teología y creencia) que son completamente incompatibles con la *ciencia* de los agnósticos”, dicho aquí en el sentido huxleyano de ciencia. Esta detallada diferencia de Velarde ayuda a iluminar, según Báez Rivera: “la deferencia de Borges por

unas tradiciones religiosas que lo incitaron a subordinar bastante la de su propia coordinada cultural: el cristianismo”. Y será por esta ladera velardeana, la del agnostoteísmo, que vamos a desembocar en la religiosidad ecuménica de Borges que abarca a oriente y occidente bajo la idea de una sola religión donde todas estén presentes. Los lectores de Borges reconocemos en este ecumenismo el tramado de su obra urdido a la luz de la Cábala, el panteísmo, el sufismo, el budismo, las propuestas de místicos y heresiarcas, así como de textos de la Biblia y de los filósofos medievales o Padres de la Iglesia, en creaciones memorables que van desde “El Golem” hasta ensayos y conferencias sobre temas bíblicos y de filosofías orientales, como si Borges se adentrara así en ese terreno no racional de lo sublime para compartir algo de lo que “su temerosa memoria apenas abarca” y que comprenden sus constantes indagaciones sobre la eternidad, como bien lo subraya Báez Rivera.

En cuanto a los místicos, nuestro investigador se detiene en la predilección de Borges por el místico del Norte: Emanuel Swedenborg y sus experiencias del más allá concebidas desde la heterodoxia como una arquitectura celestial, semejante a la terrena, que deslumbró a nuestro escritor por encima de los místicos españoles, sin dejar de recordarnos que las experiencias místicas de Borges son atípicas y “se encuadran en lo que la mistología cristiana llama raptó; pero el propio Borges las describe como si se hubiesen tratado de auténticos *satori*..., *aunque nunca las denominó así*”.

Por último, si tenemos en cuenta las dos instancias metafísicas y o místicas del escritor Borges: la de 1928 (“Sentirse en muerte”) y la de 1951 (“Mateo XXV-30”), así como las referencias de místicos y heresiarcas evocados en sus textos, podemos hablar de un contexto apropiado para la tesis de nuestro investigador, quien se anima a insertar a Jorge Luis Borges en la mística hispanoamericana contemporánea partiendo de la experiencia de lo sagrado trascendente –ese *homo religiosus* de todos los tiempos– que la mistología ha dado en llamar ‘mística natural’, sin olvidar lo que el estudio de Báez Rivera se propone rescatar más allá de la máscara literaria de Borges: “Este estudio apuesta por el buscador de *El Aleph*, el mismo agnostoteísta confeso que pidió minutos antes de entregarse a la muerte, ser enterrado en un cementerio católico”.

La lectura del itinerario borgeano en clave de místico (Re)negado (el paréntesis arroja un gran sentido) es para celebrar pues suscita en los lec-

tores un vivo movimiento paradójal en el que se puede asentir o disentir, como le gustaba a Borges, el infatigable indagador, y abrir otras líneas de lectura en relación con la tesis aquí enunciada, al mismo tiempo que nos invita a propiciar un diálogo sostenido en el tiempo, empujados por el enigmático Borges, interpelado en esta ocasión por el apasionado y no menos polémico lector borgeano que es Báez Rivera.